

El SELA como instrumento político para sus estados miembros

Carlos A. Pérez Expresidente de la República de Venezuela.

La aguda crisis de la economía mundial y, de modo particular la crisis de los grandes centros de poder que desde la II Guerra Mundial dictan las normas y señalan los cauces por donde deben andar o no andar las relaciones económicas entre sí, y entre ellos y el resto del mundo en desarrollo, es momento propicio para la reflexión y para el análisis ponderado no sólo sobre el orden económico universal, sino también sobre el destino de todos los pueblos afectados por este sistema mundial de relaciones económicas y políticas. La situación es tan grave que debemos reflexionar con ánimo tranquilo, sin que esto impida reiterar que en múltiples ocasiones - y como una prédica en el desierto de la inflexibilidad y de la incompreensión - muy autorizadas voces de los países en desarrollo han advertido que sin una reforma de este orden mundial no habrá manera racional, ni equilibrada de superar este conflicto que adquiere cada día características más dramáticas. Y lo es tanto más en la medida en que es posible contrastar las advertencias, los reclamos de reforma, las propuestas de revisión, con el curso inmodificable de los hechos y de las decisiones económicas de los grandes países industrializados. Así podríamos intentar, a manera de ensayo ilustrativo, una cronología contrastada de lo que ha venido ocurriendo en la economía mundial y de las reformas propuestas en cada momento por los países en desarrollo. Este contraste sería cuando menos útil. No cometeríamos la impertinencia de sostener que hemos tenido razón siempre o que somos, en el Tercer Mundo o en la América Latina, portadores de una verdad absoluta.

Ciertamente no lo somos, pero cuando hemos abogado por una reforma del orden mundial es porque estamos y hemos estado persuadidos de que el actual orden ha entrado en una crisis irreversible porque fue diseñado por un tiempo y para un tiempo que no es éste en que vivimos, y lo será aún menos para el que ya estamos comenzando a vivir.

¿Cómo pretender ingresar al siglo XXI con cincuenta años de retraso? Pues esto, ni más ni menos, es lo que pretenden los grandes países, esas sociedades que unos llaman industriales y otros, opulentas. Los hechos están demostrando que pueden dejar de ser lo uno y lo otro en la medida en que no resuelvan las contradicciones de un orden antiguo con una realidad mundial nueva, en la medida en que no resuelvan las contradicciones entre sí (Japón y Estados Unidos, Europa y Japón, Estados Unidos y Europa), y las cada vez más crecientes contradicciones entre los Países industrializados y los países en desarrollo.

¿Qué quieren decir la inflación, el desempleo, el proteccionismo y las manipulaciones monetarias o la rigidez del sistema financiero? Parecen ser signos de una economía ingobernable y de un orden económico en que ninguno de sus profetas tiene entera confianza. Y sin embargo, predomina la adhesión a los viejos dogmas. Es una situación contradictoria en sí misma, y desde luego, es una contradicción que afecta a todo el mundo en desarrollo. Afecta, en grado primordial, a los países de América Latina, países con recursos humanos y con recursos naturales y económicos, con recursos propios, capacitados para jugar un rol entre sí y dentro del orden mundial de ninguna manera sometidos a los condicionamientos a que ahora están limitados.

Vivimos en un mundo interdependiente

Podemos y debemos dejar de ser dependientes, pero seguramente nunca seremos independientes, porque en un mundo interdependiente las connotaciones serán otras. Los cambios en la economía mundial demuestran también que la dependencia tiene una relación secreta con los centros de poder: y es que éstos no podrán escapar tampoco a las consecuencias de su propia rigidez. La interdependencia no es ahora sólo de problemas, sino también de soluciones. Vamos encadenados los unos a los otros, los del Norte con los del Sur, o dicho en otras palabras, los del Sur hemos encadenado a los del Norte por culpa de los del Norte. La inmensa deuda de los países en desarrollo establece una cadena de interdependencia. Esos 500 mil millones de dólares demuestran simplemente que los países del Tercer Mundo son rehenes del sistema financiero mundial, pero al mismo tiempo los hace parte de él. El peso de la deuda impide toda posibilidad de avance y de progreso para ellos, pero también traba, y no en medida despreciable, las propias posibilidades del sistema. Rehén de rehenes y rehén de sí mismo.

Hemos puesto a través de la última década gran énfasis en los asuntos meramente económicos, partiendo de la premisa que desde el punto de vista eminentemente político podíamos confiar en una solidaridad basada en principios, tradiciones y culto a postulados que se decían comunes. Confiamos en la retórica y en la buena voluntad y en una percepción lógica y aparentemente justificada de teorías que han demostrado poca consistencia. Se ha roto la confianza y se ha erosionado la credibilidad en esta parte del mundo y sobre todo en las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina.

La guerra de las Malvinas, como lo analizaremos más adelante, se ha constituido en acontecimiento capital para una redefinición de nuestras relaciones con los Estados Unidos y Europa. Nos enfrenta a una nueva realidad. Su huella será profunda hacia el futuro. Aun cuando desaprensivos análisis del histórico suceso lo sitúen como un incidente más que ya "desapareció de los titulares de los

periódicos", y que sólo debe esperarse a que se enfríen las relaciones emocionales para que se restaure la confiabilidad tradicional.

No es por obra del azar que en las más recientes reuniones de los latinoamericanos el tema político sea inscrito con tanto énfasis en las agendas que guían los debates, para expresar una inquietud tan verdadera, tan auténtica y tan justa.

Estamos entendiendo los latinoamericanos ahora que no habrá integración sin política y que ella va más allá del contexto económico en que la habíamos situado. Es posible que el relámpago que alumbró la conciencia latinoamericana en el Atlántico Sur nos dé la clave donde radica la explicación de las fallas, avatares y tropiezos del proceso integracionista latinoamericano.

¿Hasta dónde habíamos estado políticamente persuadidos los latinoamericanos y los caribeños de que la integración de nuestras economías es no sólo una alternativa de diversificación, progreso y bienestar sino también la auténtica alternativa de independencia?

¿Hasta dónde la integración de nuestros países formaba parte de una agenda que reflejara inquietudes y convicciones colectivas de pueblos o de partidos políticos? La idea de la integración parece que estaba confinada a un círculo cerrado y estrecho de expertos internacionales y a un mundo aún más reducido de gentes lúcidas en nuestros países, capaces de percibir y descubrir en el proceso integracionista posibilidades reales, de ver más allá de este tiempo.

Esta falta de convicción en torno al proceso integracionista permitió que se ensayara en medio de un divorcio entre la realidad y la teoría y que, al pretender demasiado, como lo quiso la ALALC, la idea se haya deteriorado tanto como para que aquélla fuera sustituida por la ALADI.

Ausencia de un diálogo franco

La falta de un diálogo franco, que debemos propiciar, entre los políticos de América Latina, confinados a su vez a fronteras geográficas y fronteras mentales, ha sido imitado por los empresarios de nuestros países cuyas desconfianzas en unos y en otros no parecen tener contrapartida racional en la confianza ilimitada que todos le tienen a los empresarios de los países desarrollados con quienes, sin duda alguna, prefieren negociar.

Quisimos llevar a cabo el proceso integracionista sin un previo trabajo de conversación y de diálogo entre los propios empresarios de nuestros países que juzgan a algunos gobiernos comprometidos en el proceso integracionista como gobiernos que atentan contra sus intereses. Aunque ocurre todo lo contrario. Pero no ha habido credibilidad. Entre tanto, la crisis del orden mundial nos toma en

una situación tal que sería difícil argumentar contra esa búsqueda de las nuevas posibilidades que abre el proceso integracionista, que puede y debe preservarnos de caer en una catástrofe impredecible.

La crisis que atravesamos es profunda. Es una crisis de los países industrializados que el mundo en desarrollo sufre por su absoluta dependencia, porque nos sorprende sin una alternativa regional sólida. Las crisis económicas desquician y han desquiciado sociedades y sistemas bien fundamentados. No se podría decir que las sociedades latinoamericanas sean sólidas. Nuestros países son jóvenes, o relativamente jóvenes, y estamos aún en proceso de formación. La inestabilidad de nuestros países tiene, por lo general, raíces y razones de carácter económico.

¿Cómo abrir las rutas de su desarrollo y de su bienestar ascendente, aunque modesto? No será, de ninguna manera, atando aún más los vínculos de cada uno de nuestros países con los centros de poder que cuando están en el cenit nos prescriben pobreza y cuando están en crisis, como ahora, nos prescriben también pobreza: postulan la libertad de comercio en su beneficio pero aplican intransigentemente el proteccionismo. La historia de sus contradicciones corre paralela con la historia de nuestras frustraciones.

El progreso de los pueblos de América Latina está en la América Latina y el Caribe. No está en Europa, no está en los Estados Unidos. Es la integración Sur-Sur y dentro de ella el paso previo de la integración regional, la que permitiría abrir caminos y fortalecer el poder de negociación para la controversia Norte-Sur. Esta crisis de los países industrializados, que tanto nos afecta, es un momento propicio para la reflexión, el análisis y la autocrítica.

La seguridad hemisférica, una ingenua creencia

Al cabo de más de 150 años de independencia política, los países de la América Latina son países cuya vulnerabilidad económica ha sido relativamente percibida. O éste ha sido, simplemente, un tema que nos quitábamos de la mente para no añadir un elemento más a nuestros desvelos. Ya nos referíamos a aquella ingenua creencia en la seguridad hemisférica que nos dio cierta errada sensación. El conflicto de las Malvinas nos dramatizó la vulnerabilidad de nuestros países, no sólo en materia económica sino también en cuestiones de seguridad. Y es conveniente que nos detengamos a reflexionar sobre las calamidades y equívocos que trajo ese conflicto, y también sus advertencias y lecciones, como lo acotamos anteriormente.

Perdimos la guerra, pero no podemos perder sus enseñanzas. O perdimos un episodio de una guerra, pero en todo caso vuelvo a llamar la atención sobre el alcance de una vulnerabilidad latinoamericana que puso al descubierto el conflicto de las Malvinas, que destacó a su vez el carácter no sólo económico sino estratégico de las metas de la integración regional.

No sólo es la integración el único camino para que América Latina sustente su desarrollo sobre una base autónoma, y no foránea y ajena como hasta ahora, sino que es también requisito condicionante de su seguridad económica y consecuentemente, de su seguridad integral.

Si antes dijimos que el progreso y el bienestar de la América Latina estaba en la América Latina y en el Caribe y no en Europa ni en los Estados Unidos, ¿qué decir de la seguridad estratégica de nuestros países en su conjunto?

El conflicto de las Malvinas terminó con la rendición de un país latinoamericano en el terreno militar - que no jurídico -, en donde fueron puestas al servicio de una potencia europea todos los recursos militares de la alianza occidental. La OTAN no había tenido ocasión de probar en el campo bélico sus inventos tecnológicos. Los experimentó en un lugar remoto del área de conflicto previsible de esa alianza, en el Atlántico Sur, y contra un país relativamente desarmado, cuyo arsenal dependía a su vez de los propios europeos que sabían cuántos cohetes tenía Argentina y hasta dónde podía resistir ya declarado el embargo por sus antiguos proveedores.

El conflicto no fue un conflicto exclusivamente bélico. Se demostró una vulnerabilidad: la económica. Y a la OTAN se unió el Mercado Común Europeo con una diversidad de sanciones desproporcionadas que fueron desde el congelamiento de fondos en la banca hasta bloqueos comerciales. Pero no fue sólo Argentina el país en riesgo de sanciones. También lo estuvieron los países que de una manera o de otra expresaron su solidaridad con la causa argentina y si el conflicto se prolonga y otros países intervienen a favor del país latinoamericano como está establecido en el Tratado de Seguridad Hemisférica, esos países habrían compartido igual suerte.

Este conflicto no es mencionado aquí con animosidad intransigente. Simplemente se menciona como una cuestión histórica, de la historia reciente y viva que tendrá necesariamente mucho que ver con el presente y con el porvenir. No hay caso. El conflicto le dio lecciones a los beligerantes, a los europeos y a los norteamericanos. También nos dio lecciones a todos los latinoamericanos y a todos los países en desarrollo.

Bajo este nuevo enfoque de la complementación para la autonomía, y por ende para la seguridad, es que está cobrando una nueva perspectiva y una nueva dinámica.

El conflicto nos hizo ver nuestra vulnerabilidad y nadie puede discutir sobre esto. Y nos hizo ver además que hay crisis que se piensan o suponen limitadas y que muestran tener implicaciones mucho más complejas y a veces inmanejables. Pero, al propio tiempo, el enfrentamiento de los países desarrollados, incluidos los Estados Unidos, contra Argentina y contra América Latina, porque la causa es

latinoamericana, nos reveló también nuestras insospechadas capacidades de intercambio, y nos permitió descubrir en muchos casos que los productos que comprábamos en países lejanos estaban a la vuelta de la esquina, en la propia región.

Quiere decir esto, simplemente que, más que en virtud de los instrumentos formales, hay fuerzas políticas y económicas naturales que están impulsando la complementación.

Si a estas tendencias se le añade una decisión política o son impulsadas por decisiones políticas, no cabe duda de que el proceso integracionista puede cobrar el impulso que requiere.

La seguridad estratégica es primordial

Responsablemente, es decir, decidiendo en torno a sus opciones, los países de América Latina no pueden permanecer ni aislados entre sí, alejados unos de otros, ni exclusivamente vinculados con los centros de poder económico. La cuestión de la seguridad estratégica cuenta como cuestión primordial en los países de nuestro continente. La crisis de las Malvinas dejó al desnudo la gran vulnerabilidad económica y estratégica de América Latina. Nuestra preocupación por esta circunstancia debe inscribirse en la agenda latinoamericana de esta década. Como lo dijo el embajador Carlos Alzamora, Secretario Permanente del SELA, la seguridad económica de América Latina es indivisible. Pero es, además, una condición indispensable que sólo puede hacer posible el logro de nuestra autonomía.

Cuando solicitamos que se inscriba la cuestión de la seguridad en nuestra agenda latinoamericana no lo hacemos sin reflexionar en los obstáculos que se pueden enfrentar. Los más complejos están en los mismos países de la América Latina y mencionaría, en primer término, como un factor que perturba y estorba el proceso de integración y por tanto de consolidación de nuestros países las discrepancias y diferendos territoriales, aún sobrevivientes en muchos países de la región. Es obvio que estos conflictos conspiran contra la integración y crean recelos en nuestros pueblos, además de que estimulan o tratan de justificar la inversión de recursos económicos en una carrera armamentista de otro modo inexplicable.

Nuestras fronteras deben ser vínculo y no trinchera

Es preciso, por consiguiente, despejar el camino y resolver con la mejor buena voluntad posible los viejos reclamos y las viejas pugnas por conflictos territoriales. Debemos luchar a brazo partido por un nacionalismo latinoamericano. Romper las alambradas de púas del miope nacionalismo

chauvinista. Ver los conflictos entre nuestras naciones con perspectivas integracionistas para que nuestras fronteras sean vínculo y no trinchera.

Sabemos que estos factores inciden negativamente en un proceso integracionista equilibrado y mutuamente conveniente para todos nuestros países de la América Latina y del Caribe.

El futuro de nuestros países es su conjunto, el futuro de la América Latina sólo puede afirmarse en la medida en que comprendamos lo que somos, lo que queremos ser y adónde debemos ir. Bolívar concibió - con ese su gran sentido de lo grande - al mundo como una nación federal. También intentó crear la Gran Patria Latinoamericana.

Con todos los tropiezos, el caso es que en los últimos años del 8% a que ascendía el comercio intralatinoamericano, en proporción al comercio total de la región, hemos pasado al 16% y como ya se ha previsto nos encaminamos hacia la meta del 32%. La CEE intercambia un 50% de su comercio total, de modo que la meta señalada sería considerable para nuestros países.

Observando las cifras, las posibilidades y las urgencias de la integración, resulta ciertamente una ironía que desmanteláramos la ALALC y la sustituyéramos piadosamente por la ALADI, justo cuando emergían esos factores y se hubiera podido aprovechar la coyuntura de las Malvinas, y mientras se derrumbaba también el experimento monetarista que determinó en mucho la liquidación de la ALALC.

La ALALC adolecía, sin duda, de un vicio de origen: habíamos intentado copiar el modelo integracionista europeo, sin advertir que Europa estaba ya muy integrada de facto antes de que se le superpusiera la estructura jurídico-institucional de la Comunidad.

En cambio, en América Latina empezamos por allí, es decir, por el techo, cuando faltaban el piso y las paredes. Sin contar, además, con el problema de las diferencias de grados de desarrollo y el consecuente desnivel creado de esta manera.

Es bien sabido, por añadidura, que la ALALC no contó con un respaldo político firme, seguramente por esa misma razón: fue un esquema demasiado avanzado para una realidad aún no bien conformada. Pero tampoco merecía la ALALC ser sustituida por la ALADI, la ALALC se quejaba del proteccionismo de los europeos, pero se olvidó siempre que el proteccionismo fue producto de las políticas de los jefes de Estado de la Comunidad que se reunían o se reúnen con suma frecuencia, en cambio en los veinte años de la ALALC los jefes de Estado de América Latina no se reunieron nunca.

Además, contribuyeron, sin duda, factores extraños a la región. La integración no ha contado nunca con la simpatía de las naciones industrializadas. Ella parece ser su privilegio, de los Estados Unidos del Norte, o de la Comunidad Económica Europea. Los Estados desunidos del Sur, las relaciones bilaterales, son conveniencia evidente al mantenimiento de unas relaciones de intercambio y de la injusta e intolerable división internacional del trabajo. Todo esto conspira contra la ALALC. Porque la ALADI en verdad viene a ser la renuncia a la integración, dígame lo que se diga y encúbrase el propósito como se quiera. Y no se hasta qué punto es un intento para quebrantar la creciente importancia del SELA, como pragmático instrumento de integración que, por lo demás, involucra a todos los países al sur del Río Grande, incluida Cuba.

Urge superar la crisis de los sistemas integracionistas

Ahora estamos en un nuevo tiempo. Creo que vemos mejor errores y omisiones. La complejidad de la economía mundial y los perjuicios que cada día causan la excesiva dependencia de los centros de poder nos lleva a una reflexión más profunda sobre las posibilidades de integración. Como ha sido señalado por los expertos, el PIB de América Latina en 1981 fue tan bajo que es bastante inferior al crecimiento de la población. Estas cifras, frente a la considerable deuda exterior y frente a la crisis aguda de los términos de intercambio, frente al peso del servicio de la deuda y frente al proteccionismo y la recesión en los centros de poder, deben ser factores que impulsen una toma de conciencia sobre la necesidad de la integración latinoamericana. Descontado el efecto Malvinas.

La integración y sus diversos esquemas atraviesa, en verdad, una etapa que podría decirse paradójica. Mientras como hemos visto hay fuerzas que tienden a su incremento, los esquemas están en crisis. La ALADI no será ni un remedio de lo que se proponía la ALALC. El Mercado Común Centroamericano que en algún momento demostró viabilidad y posibilidades muy concretas está en crisis, como consecuencia de las complejas y penosas circunstancias políticas de la región, y de esas erradas políticas que afirman lamentablemente la tradicional incompreensión norteamericana de los problemas de América Latina y de nuestra idiosincrasia que pretendió romper con audacia inteligente el presidente Jimmy Carter, en el más auténtico esfuerzo que se haya hecho por los Estados Unidos para un cabal entendimiento y cooperación para el desarrollo de América Latina y el Caribe.

Esa peligrosa confrontación bélica que se vive en Centroamérica ha afectado fuertemente la preocupación del mundo entero por la comunidad del Caribe, donde nacen nuevos países que se han liberado y se liberan del colonialismo. Particularmente en los Estados Unidos del Norte la circunstancia caribeña ha volcado la atención de la administración norteamericana sobre la región, enmarcada dentro del complejo maniqueísta que pareciera es el único móvil para ocuparse de América Latina: el fantasma del comunismo, que no los reales y trágicos problemas causantes de la violencia y de los profundos desajustes

sociales y políticos. Pero en todo caso, esta circunstancia conlleva el aspecto positivo de darse relevancia a posibles soluciones a los gravísimos problemas económicos de Centroamérica y los nuevos países isleños. Sin embargo, la orientación de esa ayuda, sus propósitos y condicionamientos pueden llevar a instrumentar iniciativas de difícil armonización futura en el ámbito de la integración regional, contribuyendo a acentuar trastornos geopolíticos en detrimento y daño de los objetivos integracionistas, o desarticulando aún más la región caribeña, haciéndola afluente exclusiva de la economía norteamericana, desvinculándola de acuerdos globales dentro de la propia región y de ésta con el resto de América Latina.

Consideramos que la cooperación económica no puede ser condicionada y mucho menos para hacerse "caballo de Troya" contra los grandes y primordiales objetivos de la integración latinoamericana, y para provocar nuevos vínculos neocolonialistas.

Así vemos como la "Iniciativa de la Cuenca del Caribe" promovida por la administración del presidente Reagan, con innovaciones posibles notables pero adoleciendo de estos peligros, incurre en todos los inconvenientes y mediatizaciones que tradicionalmente señalamos los latinoamericanos a la cooperación económica norteamericana. Impone condiciones - y para complemento - ahora, la enreda en los dogmas de la economía neoliberal. Y pese a todo, aún así, se enfrenta esa iniciativa a las presiones proteccionistas del sistema.

Al Caribe insular debe dársele la autonomía de su desarrollo con sus propios instrumentos de integración e independencia económica, que a su vez hagan posible los posteriores acuerdos globales, regionales y subregionales. Tampoco es conveniente a nuestros intereses comunes que se creen sistemas diferentes de preferencias dentro de la región que fomenten dispersión, rivalidades y desintegración.

El CARICOM no presenta otros resultados y puede ser negativamente afectado por la iniciativa para el Caribe tal como está articulada.

El Pacto Andino sabemos también que parece estar paralizado por innumerables contradicciones pero, sobre todo, por indecisiones por parte de varios de los gobiernos andinos. El Acuerdo de Cartagena ha tenido etapas difíciles y complejas, y las tuvo en su primera década, pero fueron superadas. El Acuerdo ha demostrado que las dificultades se superan cuando existe voluntad o decisión política y ha probado a su vez que la integración no es una utopía. El Pacto Andino es un esquema de integración posible, sus diversos programas: el industrial, el metalmecánico, el petroquímico, el automotor, el siderúrgico, el desarrollo tecnológico o las acciones de integración en el sector agropecuario, pueden tener fallas, pero en todo caso obedecen a un diseño realista. De los esquemas de integración latinoamericana es posiblemente el Pacto Andino el que

mayor consistencia y mayores esfuerzos ha demostrado. Se cometió recientemente el error de pretender darle connotación política, olvidándose que el pluralismo es factor condicionante para hacer posible la integración económica.

En la integración radica nuestra fortaleza

Por estas razones no puede separarse la integración latinoamericana de la controversia global del Tercer Mundo. Allí está nuestra fortaleza, el poder de negociación, la garantía de nuestros objetivos regionales y de la cooperación Sur-Sur en su aspecto geográfico más amplio. Así se completó en las afortunadas conclusiones de la reunión de Caraballeda, en Venezuela, en mayo de 1981 por el Grupo de los 77, en lo que se ha llamado el Plan de Acción de Caracas sobre cooperación económica entre países en desarrollo. Y por eso se hace indispensable insistir en la creación de la Secretaría Permanente del Grupo de los 77 como ya lo propuse desde la presidencia de Venezuela. En la reunión de Caraballeda se creó sobre la base de aquel propósito la "Unidad de apoyo a la presidencia del Grupo de los 77" que no considero suficiente y capaz de cumplir tareas de tanta responsabilidad.

En este mismo orden de ideas, el SELA está llamado a jugar un papel capital en la América Latina como organismo regional y para la cooperación interregional. La adopción de un esquema de seguridad económica latinoamericana por el SELA constituye un hecho de mucha importancia para la región. Se trata, desde luego, de un instrumento político al alcance de los Estados Miembros y de sus jefes de Estado. El SELA, en agosto de este año, al reunir el Consejo Latinoamericano, lo hizo bajo la nueva percepción de un organismo multilateral de nuestra región, que jugó durante la crisis de las Malvinas un rol de solidaridad y que, por otra parte, tiene claros los problemas y las metas de la América Latina.

Se ha dicho que la América Latina carece de un organismo propio donde liberar y donde tomar decisiones propias. El SELA, por ahora, es un organismo eminentemente económico y su función y misión debe ser consolidada. Pero también es necesario, dentro del mismo esquema del SELA, la creación de un órgano apto para las decisiones políticas regionales.

En general y sin que nos sintamos influenciados ni aceptemos lineamientos estratégicos antioccidentales o antinorteamericanos, los centros hegemónicos del poder económico mundial se confabulan contra los avances de la integración. Así pude constatarlo como presidente de Venezuela, cuando ofrecí y di todo el peso de mi apoyo a los procesos de integración y directamente intervine en el avance del Pacto Andino.

La integración de la América Latina, debemos ser explícitos, no postula un aislacionismo latinoamericano. Postula, por el contrario, la integración regional para hacer posible la integración más amplia como ya quedó planteada. Pero no

es la oportunidad para hablar de la Cooperación Sur-Sur a nivel global. Tampoco del diálogo Norte-Sur. No es posible concebir un continente mirando sólo hacia sí mismo, pero igualmente absurdo es que sólo mire hacia afuera. Los 350 millones de habitantes de la región tienen una capacidad de generar un bienestar propio. La dependencia económica ha demostrado que es un factor condicionante de ese desarrollo y, por otra parte, un factor negativo.

En esta crisis mundial, crisis de los centros de poder, nuestros países son igualmente afectados como consecuencia de esa dependencia y también por los condicionamientos que ésta impone sobre nuestro desarrollo.

La nueva conciencia sobre la integración está emergiendo en todos nuestros países. No puede haber un país aislado en el mundo de hoy ni puede haber un continente aislado, ni mucho menos un conjunto de países como los de América Latina y del Caribe que tienen experiencias y recursos para lograr su propio progreso y su propio bienestar. La integración es el camino. No es un camino despejado, ciertamente. Pero es el único entre las alternativas a escoger que nos garantiza soberanía económica, progreso y bienestar.

No se puede desvincular el postulado integracionista de la realidad política o de la geopolítica de la integración. Los conflictos regionales, subregionales o mundiales inciden en el proceso, lo mediatizan y presionan para anularlo. La decisión política en torno a la integración es prioritaria, como es prioritario que inscribamos este tema en la agenda latinoamericana de esta década.

La integración debe ser la meta adelantada para recibir el siglo XXI como una realidad. Como objetivo principal de todos los Estados del subcontinente, ella habrá de estar por encima de las contradicciones de los países entre sí. Un interés supremo que tiene que ver con nuestro porvenir y con nuestro destino de libertad y de independencia, con nuestro papel, en fin, de latinoamericanos capaces de contribuir al progreso y al bienestar de la humanidad, a través del desarrollo de nuestras propias posibilidades.

Enfrentar el reto histórico es el imperativo de nuestro tiempo. Las circunstancias internacionales, la guerra de las Malvinas, nos sitúan frente a realidades que no percibíamos o no nos atrevíamos a analizar crudamente.